

El Pampa Hunting Ranch II

COMO EN AFRICA, PERO EN LA PAMPA

Con un servicio de calidad internacional
y una fauna que invita a soñar, en este
nuevo coto pampeano todo está servido
para disfrute de los cazadores.

POR EBER GÓMEZ BERRADE

Tenia aún las retinas habituadas al imponente sol de África. Todavía estaba bajo los efectos del jet lag —esa incómoda desajuste producido al viajar a través de diversos husos horarios—, cuando Eduardo Giménez me invitó a una cacería en La Pampa. Se acercaba la luna de agosto y era la excusa perfecta para conocer un nuevo coto de caza: El Pampa Hunting Ranch II, en Jagüel del Monte.

Eduardo ya había visitado El Pampa Hunting I, una especie de campo hermano mayor ubicado en la localidad de Santa Isabel. De allí era el padrillazo que ilustró la portada del número de abril de Vida Salvaje. Aquella, anticipaba él, era una tierra de chanchos duros. Y según me aseguró, esta nueva opción era tanto o más prometedora. No hizo falta más. Los desajustes de mi reloj interno se desvanecieron de inmediato.

La invitación había sido planteada por Daniel Rodríguez Palacios y su hijo Martín, responsables de los dos campos, quienes además de anfitriones se plegarían también a la partida. Completaba el grupo Carlos González Botana, quien a la postre resultó ser, no solo el más afortunado al cazar el mejor padrillo, sino el más elegante de todos, ya que lució en los tres días de cacería un impecable outfit de Frankonia, la exclusiva tienda alemana de cazadores. Carlos Botana es, además, hermano de Maru, y si bien no comparte la mano para





la cocina ni la belleza de su hermana, resuelto ser también un excelente compañero de aventuras.

CALIDAD, LA CLAVE

El campo de 15.000 hectáreas está ubicado a unos 150 km de Santa Rosa. Es de cómodo acceso, variada topografía y se halla en una de las mejores áreas de ciervos colorados de toda La Pampa. Basta mencionar el nombre de Calchú, para saber que hablamos de ensordecedoras bramas y trofeos majestuosos. Jagüel del Monte es también un área pródiga de jabalíes, y lo es más si el coto es administrado de manera profesional.

Esto lo supo Martín, veterano de lunas pampeanas y de algunos safaris africanos, al decidir la ubicación y la manera de administrar una compañía de cacería. Así aprendió que la clave para contar con una fauna de calidad es el manejo; y la clave para contar con una clientela de calidad,

es el servicio.

La experiencia adquirida durante años en diferentes cotos en las zonas de El Durazno, Victoria, Cuchillo-Co, Río Colorado, además de Namibia y Sudáfrica, se plasmó en un coto diferente, de nivel internacional, con todas las comodidades y servicios necesarios para satisfacer a los cazadores más exigentes, ya sean extranjeros o oriollos.

En cuanto al manejo de fauna, Martín me explica que ceban diariamente todas las agudadas, lo que hace que siempre haya mucha actividad de jabalíes en cada uno de los apostaderos.

En la zona hay una muy buena densidad de población de ciervos oriollos. Pero además, para ir mejorando la sangre, se realizan periódicamente operaciones de raleo a través del rifle sanitario. En el futuro, me asegura Martín, proyectan ofrecer estas cacerías de selección al público cazador, pero naturalmente una

vez que concluya la brama.

Así, con el manejo de fauna y la introducción de especies de calidad el coto propone una estrategia y mejoramiento genético muy profesional, que apunta a brindar cada vez mejores trofeos.

La oferta cinegética de jabalíes y colorados se completa con búfalos y antílopes de la India, carneros y chivitos. El otro pilar imprescindible de toda empresa de cacería deportiva es, además de los trofeos, la calidad en el servicio al cliente. En este aspecto sirvió la experiencia internacional de Martín y Daniel. Y es cierto, las instalaciones nada fienen que envidiarle a una operación africana de las buenas.

La casa, por ejemplo, que fue remodelada especialmente para recibir cazadores, sin ser opulenta tiene todas las comodidades que se puedan pedir. Permite albergar a ocho clientes por turno, cuenta con cuatro dormitorios en base doble con baño en suite, y en cada cuarto aire acondicionado frío-calor (un lujo para los estándares pampeanos). Por supuesto, dispone de sala de estar con hogar a leña incluido para los días invernales, comedor y luz eléctrica de red. Para las jornadas de verano, una pileta de natación a metros de la casa. Y si el programa es llevar a la familia, las cabalgatas, caminatas y el saqueo serán opciones recomendables para los no cazadores. Como toda operación de caza que se precie, cuenta también con un lugar especial para probar los rifles, un carneroero muy prolijo y limpio donde realizar la preparación primaria del trofeo, y freezers para ir acopiando la carne que se vaya cazando. Si el cliente quiere llevarse la, el servicio incluye el trozado, empaquetado y etiquetado de las piezas.

Una vez listos para salir al campo, una flota de cuatro camionetas 4x4, equipadas con sus respectivos radios, estará esperando. Todo el mundo tiene su radio: vehículos, guías, casa, etc. Según me dice Martín,

nadie sale a apostarse o a cazar ciervos sin un equipo de comunicación.

Hay rifles disponibles en alquiler, lo que es una muy buena opción especialmente para los extranjeros, que hasta pueden llegar en avión privado y descender en una pista de aterrizaje ubicada a minutos del campo.

El personal consta de dos mucamas en temporada, chef, conductores y ocho guías que acompañan al cazador tras los ciervos o esperando los chanchos, lo que -doy fe- resulta muy beneficioso.

La operación posee 12 apostaderos para jabalíes que son puntualmente cebados a diario. Todos ellos muy confortables. Están muy bien diseñados, estratégicamente ubicados, y permiten tiros no mayores a los 70 metros.

LO IMPORTANTE ES ESTAR CAZANDO

Hacia allí fuimos. Luego de desensillar, probar los rifles, almorzar y merendar, la suerte estaba echada. Nos dirigimos con nuestros guías hacia los apostaderos, distantes entre sí. A mí me acompañó Manolo,

yo, y Eduardo, Cati, Manolo, por Manuel, obvio. Pero el porqué del sobrenombre Cati no lo pudimos averiguar.

El hecho es que a la hora de rastrear huellas o distinguir un padriño a 70 metros, en una noche nublada y detrás de un caldán, no hay mejores que ellos. Son dos bosquimanos.

Esa vez la luna llegó con un clima primaveral. Los fríos, duros y típicos de la zona, parece que ya habían quedado atrás. Los astros se estaban alineando en nuestro favor.

La primera noche, en realidad debería decir la primera tarde, llegamos con Manuel a las 18. Nos acomodamos, y comenzamos la espera. La verdad, me parecía demasiado temprano, si lo comparaba con otras experiencias pampeanas.

Estaba ensimismado en esos y otros pensamientos, cuando bajó el primer chanchito. No habíamos estado ni media hora sentados que ya empezaban a bajar jabalíes. No quedaban dudas, los astros nos acompañarían y se presagiaba una noche movida. Frente a una laguna, un padriño joven entró franco al maíz y se quedó comiendo

despreocupadamente una hora. Lo salvó su juventud. Pero me dio la posibilidad de sacar algunas fotos. Al avanzar la oscuridad, entraron a bajar piaras de 15, 20 y 30 jabalíes. Eso mismo pasaría -exactamente igual- durante los tres días que estuve, y en tres apostaderos diferentes.

En ese momento creí que era muy afortunado por ver tanta cantidad de chanchos, pero luego, a la vuelta de la primera noche, me enteré que todo el grupo había tenido una suerte similar. Algo que nos iba a ocurrir a todos durante todos los días de cacería. El campo estaba cumpliendo su promesa.

Frente a mi apostadero, los guías habían descubierto huellas de un jabalí grande. Siempre volvía, y esa noche también volvió. Claro que como buen macho viejo, se quedó esperando en la oscuridad, sin mostrarse. Estuvo un buen rato, hasta que su estrategia dio sus frutos. Un leve cambio en la orientación del viento fue suficiente. Nos ventó y voló como alma que se la lleva el diablo.

Al día siguiente, las huellas mostraban al





lugar exacto donde estuvo parado, y hasta donde se había echado, esperando el momento justo para entrar. Esa primera noche, el más afortunado fue Eduardo. Le bajó un buen padrillo bastante temprano. Esquivó y separado de la piara, le dio tiempo suficiente para evaluar si era tirable o no. La venía de Cati fue decisoria. Tronó su 30-06 y el bicho cayó fulminado. La segunda noche creí que me iba a to-



car a mí. A eso de las 20.30, entraron dos padrillos jóvenes frente a mi apostadero, iban mezclados en una tropa como de 30 chanchos. Elegí uno, el más desconfiado, que esperaba un poco alejado mientras prestaba atención al más mínimo cambio de viento. Le consulté a Manuel qué opinaba, y con buen criterio me dijo: "Es medio chico, acá anda uno machazo que entra siempre". Así que decidí esperar,



pero nunca apareció. En realidad, si había ido. Manuel encontró al otro día las huellas del que buscábamos. Había estado a punto de entrar al charco, pero no, éste también se quedó en las sombras. Por algo llegan a viejos... Esta vez, el afortunado fue Carlos Botana, quien se apareció con un lindo padrillo con buenas defensas de 23 cm, que resultó ser el más grande de los jabalíes



cobrados por el grupo. La noche del tercer día no mostró mucha diferencia. Piaras grandes entrando, pero ningún padrillo tirable. Lo único diferente fue la lluvia que se largó, con granizo incluido. Esto tampoco ayudó mucho a revertir mi suerte. En África dicen que para lograr una cacería exitosa hay que complacer a dos damas: "Lady Luck" y "Mother Nature"



(Señora Suerte y Madre Naturaleza). Esa tercera noche, ambas agasajaron a Martín, quien se trajo un buen macho para el carnero. Yo, finalmente, quedé zapatero. Eso sí, no por falta de animales, sino porque quería disparar sólo si entraba un padrillo grande y viejo, que además son los más desconfiados y difíciles de cazar. Otra vez será. La cacería siempre da revancha.

Ortega y Gasset decía que el disfrute de la caza radica en estar cazando. Estoy totalmente de acuerdo con el viejo filósofo español. La sensación de ver a los jabalíes de día, de observar inmensas cuadrillas fantasmales entrando cada noche a las aguadas, y además, disfrutando unos días con amigos en un ambiente paradisíaco, es a veces superior a la obtención de un buen trofeo bajo otras





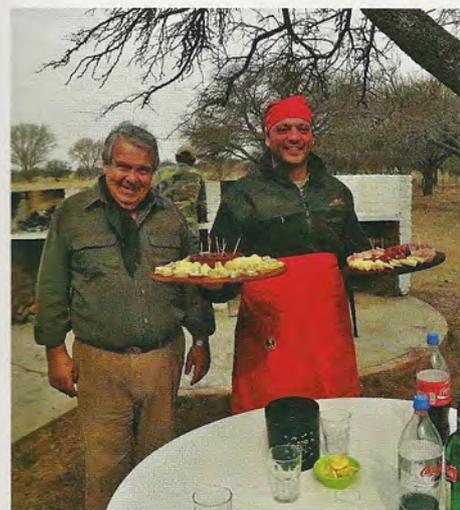
condiciones no tan placenteras. Cada madrugada, la vuelta a la casa era un festival de sibaritas. Platos exquisitos, buenos vinos, largas sobremesas hasta entrada la madrugada, tomando algún whisky y riéndonos muchísimo.

“Originalmente ideamos estos lugares para recibir y agasajar a nuestros amigos”, me confiesa Martín. Y se nota, todo es cordial, relajado y divertido. “Ahora queremos mantener este ambiente también para nuestros clientes. Queremos que disfruten de la experiencia de cazar con amigos, en una zona privilegiada y en una operación de primera”, se entusiasma.

Su estrategia comercial se concentrará en el mercado argentino pero también en el extranjero, principalmente de Estados Unidos y Europa. Pueden hacerlo, lo que proponen está a la altura de estándares internacionales.

Los cañones ya están apuntando a la brama que viene. Martín me adelanta que tienen pensado comenzar con las tareas de comercialización. Así ya estarán listos para largar con todo el próximo marzo.

Ahora que vuelvo a África, tendré grabadas en mis retinas aquellas imágenes increíbles de los atardeceres pampeanos que me tocó disfrutar desde los apostaderos. Puestas de sol que –entre nosotros– nada tienen que envidiarle a las que uno se acostumbra a ver en el continente negro. Aquéllas, sólo tienen mejor prensa. **VS**



DATOS ÚTILES

“El Pampa Hunting Ranch II” está situado en Jagüel del Monte, a 150 kilómetros de Santa Rosa. Teléfono (011) 4786-1959 y celular 15 5334-0050. E-mail: mrpalacios@fibertel.com.ar. Página web: www.elpampahunting.com